



PRECIOS DE SUSCRIPCION: Madrid, un mes, 6 rs.; Provincias, trimestre, 18 rs.; semestral, 32 rs.; anual, 60 rs. INSTRUCCION.-MORALIDAD.-RECREO. OFICINAS DEL PERIÓDICO: Casas, 1. principal, Madrid. Se suscribe en todas las librerías y en la Administración. Se insertan anuncios comunicados.

NUESTROS GRABADOS.

SAN PEDRO MARTIR
(CUADRO DEL TIZIANO).

Representa nuestro grabado de hoy el martirio de San Pedro de Verona, y es una copia exacta del gran cuadro del Tiziano, destruido por un incendio en 1867.

Pedro de Verona era inquisidor en Milán, nació en los primeros años del siglo XIII y murió en 1552. A no ser por el cuadro del Tiziano, este santo sería apenas conocido, pues son muy pocos los datos que han llegado hasta nosotros acerca de su vida. Solo se sabe que sus padres eran heréticos, que el estudió teología en la Universidad de Bolonia; que Santo Domingo le indujo á entrar en la orden que acababa de fundar; que era visitado en su celda por Santa Catalina, Santa Inés y Santa Cecilia que bajaban del cielo para hablar con él; que predicó en varios puntos de Italia, que fue nombrado inquisidor de Milán por el Papa Inocencio IV, y que murió víctima de una conjuración, á manos de un tal Carino, que le acorbilló á cuchilladas en un bosque.

La historia cuenta que el asesino huyó á Portugal, hizo penitencia y entró como leigo en la orden de Santo Domingo. Pedro de Verona fue canonizado por Inocencio IV en 1253, un año después de su muerte.

El cuadro del Tiziano, que representa los últimos instantes de Pedro de Verona, ha sido considerado con justicia como una de las obras artísticas más perfectas que ha producido la fantasía humana.

Estaba en Venecia, en la iglesia de San Juan y San Pablo vulgarmente llamada San Zanipolo, y pereció, como más arriba hemos dicho, en un incendio el año 1867.

Ya no nos es dado admirar esta obra sino en los grabados que la reproducen. El artista ha representado la escena terrible del asesinato de un modo magistral. A la entrada de un bosque, y bajo árboles frondosos, el asesino, de repugnante aspecto, hiere á Pedro de Verona con un largo cuchillo. El inquisidor, tendido en el suelo, conserva la fisonomía tranquila del que no teme á la muerte; su acompañante huye atemorizado. En lo alto del cuadro, dos ángeles traen al nuevo santo las palmas del martirio.

Todo es grande en este cuadro: la nobleza de las figuras, el acentuamiento de las actitudes, la expresión de las fisonomías, el movimiento de los ropajes; todo es igualmente digno de admiración.

El Senado de Venecia supo que un tal Daniele Nil ofrecía por él á los Dominicos que le poseían 18.000 escudos, y dictó un decreto condenando á la pena de muerte al que sacase el precioso lienzo del territorio de la república.

Cuando el ejército francés se apoderó de Venecia, fue llevado á París el cuadro á que nos referimos, y en París fue trasladado de la tabla al lienzo, lo mismo que nuestro *Poema de Sycitia*, salvándole de una pronta destrucción.

M. Viardot, en su obra sobre los *Museos de Italia*, manifestó el deseo de que el cuadro del Tiziano fuese trasladado á la Academia de Bellas Artes para su mejor custodia, y á la verdad que es lástima que el riesgo del distinguido escritor francés no haya sido escuchado.

EN MADRID NO HAY NOCHE.

No hace muchas noches, un borracho se situó en una calle en medio del arroyo (!) cantando con verdadera alegría todo un repertorio de coplas algo viles. Intervinieron los agentes, requebró á callar el ciudadano, sosteniendo que la voz humana es libre, y fue conducido á la prevención por molestar al vecindario.

—Está bien, protestaba el borracho haciendo oser: ¡por qué no prenden Vds. á esa codorniz y á esos grillos que cantan toda la noche!

—Yo tenemos órdenes, respondió con gravedad uno de los guardias.

—Además, la codorniz y los grillos no saben lo que hacen, repuso el otro guardia.

—Ni yo tampoco, señora autoridad.

—¿Y quiere V. compararse con esos animales? replicó el primer individuo de orden público, cantan porque el cuerpo se lo pide...

(!) Permítaseme la frase: el arroyo ya no existe, aquel homaje gracioso, que el Ayuntamiento había abierto en el centro de las calles, para que corriese á su sabor las aguas pluviales: con los sumideros acabó la antigua infancia de las poblaciones, en que se equalaban con modestia algunos edificios industriales, y pertenecía su coexistencia como algunas frases, la de plantar á uno en medio del arroyo, etc., etc.

—Permítame V. interrumpió el borracho, los animales no tienen cuerpo.
—Calle V., hombre, dijo el guardia segundo: lo que no tienen es alma.
—¡Cuerpo!
—¡Alma!
—Basta, dijo el primer guardia interrumpiendo la disputa de sus compañeros y sin atreverse á decidirla. Cantan, porque se lo pide la naturaleza. Entre V. en la prevención.
—Un momento, observó el detenido; pido que prendan al sereno, que también canta de noche, sin que la naturaleza se lo pida...
—Adentro, repitieron los agentes empujando al hablador; la noche se hizo para dormir.
—¡Soy astrónomo!... decía dentro de la prevención la voz lejana del borracho.

«La noche se hizo para dormir...» murmuró alejándose de la calle, y repitiendo, sin querer, aquella frase conocida. Era cerca de las dos. El pianista de un café atronaba el burrito tocando con furia un vals de los más estrepitosos: parecía que le tocaba á quince minutos. Dos amantes, desde la calle á un piso cuarto, se habían el amor, no se í con boquita. Tocaban los alabanos á rebato; daba más golpes cada codorniz que todos aquellos alabanos: silbaban á lo lejos las locomotoras; tocaban á fuego las campanas; rababan de celo los gatos entre chineneses y guardillas, y temblaban las vidrieras al paso ruda y interrumpido de los coches.
«La noche se hizo para dormir...» fuera de Madrid, ó con alguien en los oídos.
De día es posible el reposo, me decía: los ruidos se entrelazan y confunden, formando un murmu-

llo igual y monótono como el de una cascata. Puede dormir el empleado, doblando la cabeza sobre una instantánea muy larga en que se pide una cosa muy pequeña: duerme el capital, que solo vela por las noches: duermen las inteligencias, que solo producen frías imitaciones, y duerme el patriotismo en la oscuridad de los estómagos. Todo duerme. Entoces recordé lo que me sucedió en el mismo día.
—Amigo mío, me había dicho un extranjero, Madrid es la capital de Europa en donde menos se trabaja: hay algún movimiento de gentes que paseen por las calles, y algunos carruajes; pero no existe animación industrial, el comercio es perzoso...
Defendí como pude á Madrid, á la industria y al comercio.
—Es defecto de todo pueblo meridional, repeta el extranjero; y fijando la vista en una fila de albañiles que dormían sobre la acera, preguntó:
—¿Que hombres son, esos que duermen en la mejor hora del día?
—Son... los trabajadores, dije humildemente.



San Pedro Mártir (Cuadro del Tiziano).

Entre las muchas personas á quienes he oído defender que la noche se hizo para dormir, ninguno con tanta convicción como el sereno de mi barrio que lo sostiene bostezando.

Ignoro si él derecho á dormir de noche es peculiar al individuo; solo sé que Madrid es el pueblo de Europa donde menos se respeta el reposo nocturno del vecino. Desde las murgas que rompen el silencio al anochecer, hasta las burras de leche que dan un escándalo diario apenas amanece, todo conspira contra el sueño, y sobre todo en las noches calurosas de la primavera y el estío. Diríase que Madrid es una selva: innumerable pajarillo canta en los balcones; enormes perros ladran en las casas, como si el vecindario, desconociendo de la autoridad que vela sobre todos, pusiese con preferencia su seguridad bajo el amparo de aquellos animales. Silba el sereno como silban los pastores. Salen de sus cavernas las fieras humanas, que temen las persecuciones de los hombres. Aullan... no exajeró: voces vinasas y desahinadas hacen á lo lejos el efecto de aullidos: que el vino, noña sobre los cerebros, no como un espíritu noble que ilumina, sino como un aliento brutal que envira y avirlece.

Ello es, que como los ruidos en la soledad son más intensos que en medio del bullicio, y en ningún pueblo del mundo hay tantas gentes que reservan sus expansiones y placeres para las horas naturales del reposo, en Madrid, la noche ha quedado suprimida; y cada cual la coloca en el lugar del día que juzga conveniente, haciéndose una noche artificial para uso propio.

Que madrugadores son esos jóvenes, dicen algunas gentes sencillas al verles vagar por las calles de lo que fue Pedro. Pero los aludidos sin no se han acostado. El sol de esos madrileños es la estrella Venus. En cuanto al legítimo sol, el sol que desde el meridiano distribuye por igual los tabardillos, solo le conocen por sus respalderos matutinos. Los alabanos del burrito se sirven de retreta, y así suena la sinfonia de los bufos.

Yo conocí á un diputado que solo pudo asistir á las sesiones nocturnas del Congreso, y é otro señor, á quien preguntándole qué idea tenía formada del sol, contestó inmediatamente: —No lo sé; pero me parece que ha de ser una luna con bigotes.

Así reflexionaba á solas, en aquella noche á que continuo refiriéndome: las calles estaban bastante concurridas; hubírame parecido que el día continuaba y hallarme en esas latitudes donde los días duran meses, á no advertirme de mi error las estrellas en el cielo y los faros en la tierra. Se preguntaban periódicos y décimos del próximo sorteo: corrían los periódicos volantes en pos de las últimas noticias: la villa de Madrid trancochaba como modistilla en las verbenas. Y la verdad es que á los rayos de la luna, refrescada por las brisas de la madrugada, y confundida en la penumbra sus revoques y destrosos, no parecía del todo mal, y tenía trazas de habitable á aquellas notas.

Compadecida de veras á el obrero que esperando la edificación del barrio en que no ha de haber caseros, duerme bajo su techo guardadillo y miserable, sin aire apenas, y despertando á cada instante á los ecos estrondosos del acorde madrileño. Lamenté la situación del escritor, del estudiante y del hombre laborioso, que en busca de recogimiento y soledad, hubiesen elegido aquellas horas, para su medita-

